

resúmen, el epilogo y el compendio de la religion cristiana: unirse á Dios, sugetarse á él y servirle como nuestro último fin, con el amor mas puro y mas intenso, y tributarle los supremos honores, lo que no podemos hacer sino amándole de todo corazon, con toda el alma, con las fuerzas todas y con todo el entendimiento. "Amemos pues á Dios sobre todas las cosas y al prójimo como á nosotros mismos, que haciendo esto viviremos eternamente conforme á la respuesta que dió el Salvador al doctor de la ley; y por último, digamos con San Agustín: Haz que yo te ame, Señor, porque aunque te amo, si es poco; te ame mas. Yo no puedo medir quanto falte á mi amor para que sea bastante, á fin de no separarme de tí hasta que me esconda en lo mas escondido de tu semblante.

DOMINGO DECIMOTERCIO

DESPUES DE PENTECOSTES.

Como el Evangelio de la misa del dia es siempre el que sirve de título y dá el nombre á los domingos despues de pentecostes; este domingo en todos tiempos se ha llamado el domingo de los diez leprosos.

El introito de la misa se tomó del Salmo 73. Previendo el profeta las calamidades que habian de caer sobre todo el pueblo, dirige á Dios una piadosa queja llena de amor y de confianza; quejósele en nombre del pueblo de la desolacion de Jerusalem, y al mismo tiempo implora el socorro del cielo. Este Salmo conviene perfectamente á la Iglesia perseguida no solo por los paganos, sino mucho mas por los hereges, los que no cesan jamas de perseguirla. Vense en él rasgos vivos y elocuentes, grandes, fuertes y tiernas expresiones que convienen admirablemente al asunto, y que nos pintan los excesos y sacrilegios de los hereges: ved aquí algunos de estos ras-

gos. Señor, levanta quanto antes tu mano, y dejala caer sobre nuestros enemigos, y abate para siempre su orgullo. Cuantas impiedades han cometido en el lugar santo que es tu templo! ¿Con qué insolencia han profanado el santo lugar en que celebramos nuestras fiestas á honra vuestra? Enarbolaron sus estandartes en el sitio mas alto, del mismo modo que se hace en los baluartes, sin distinguir el lugar sagrado del profano. Animábanse unos á otros á desquiciar las puertas á golpes de hacha como quien corta leña en un bosque; lo que finalmente consiguieron por nuestra desgracia. Esta impia nacion y todas sus sectas, aunque entre sí diferentes en dogmas, en errores, en intereses, convinieron todas en este artículo, y todas digeron unánimes. "Abolamos de sobre la tierra todas las fiestas del Señor. ¿Quién no ve en este diseño el verdadero retrato de los hereges de estos últimos siglos? Tal es el Salmo de que la Iglesia tomó las palabras que componen el introito de la misa de este dia. Acuérdate Señor de la alianza que hiciste en otro tiempo con nuestros padres, y no te olvides para siempre de tu pueblo. Acuérdate Señor de las maravillas que obraste en nuestro favor; acuérdate que eres nuestro Criador, nuestro Salvador; no te olvides que eres nuestro Dios y que nosotros somos tu pueblo; parece que se interesa tu honra en socorrernos, pues nuestros enemigos son al mismo tiempo los tuyos. Levántate, Señor, tan tuya como nuestra es la causa que te suplicamos defiendas, no desheches las humildes súplicas de los que te buscan de todo corazon. ¿Porqué nos has abandonado, Dios mio, como si no tuviésemos ya nada que esperar de tí? ¿Porqué te has enojado contra las ovejas de tu rebaño? ¿Y estará para siempre inflamada tu ira contra nosotros? ¿No tendrán jamás fin estos males? ¿Has desechado para siempre á este pueblo, en otro tiempo tan querido y tan privilegiado, á quien tú mismo serviste de guia y de conductor en el desierto, y á quien como un buen pastor alimentaste con el pan de los ángeles? Todo este Salmo se ve ser un perfecto modelo de una oracion afectuosa y llena de confianza, muy propia para valerse de ella en todas las calamidades públicas

y para pedir al Señor se digne hacer cesar los azotes bajo los cuales gime el pueblo.

La epístola de la misa se tomó de la instrucción que San Pablo da á los gálatas cuando les enseña que la ley no justifica, y que ninguno se puede justificar sino por la fé, la que es como la vida del justo. Para comprender toda esta epístola, y penetrar el verdadero sentido del apóstol, es conveniente saber que habiendo predicado San Pablo la fé de Jesucristo en Galacia, que era una provincia del Asia menor, convirtió infinidad de gentiles, de los que formó en poco tiempo una iglesia considerable. La primera vez que fué á Galacia, fué recibido como un ángel de Dios; pero toda la tranquilidad y el fervor de esta iglesia recién nacida, fué bien presto turbada por el falso celo y envidia de los judíos que San Pedro habia ya convertido á la fé antes que San Pablo fuese á predicar á los gentiles de Galacia. Estos falsos hermanos, mas judíos que cristianos, adictos siempre á su antigua ley, no podían sufrir que al convertir San Pablo á los gentiles á la fé de Jesucristo, no los hubiese obligado á guardar las ceremonias de la ley de Moises. Empezaron á desacreditar al santo apóstol, y para mejor desacreditar su doctrina, se empeñaron en hacerlo pasar por un intruso en el apostolado; y no hallando nada que reprender en su conducta y en sus costumbres, se asieron de lo que parecia defectuoso é irregular en su aire de cuerpo, en su voz y en toda su persona. Despues de haberse esforzado á inspirarles que lo miraran con desprecio, empezaron á predicar la obligacion que tenían todos los cristianos de observar la ley de Moises. Los gálatas, hombres simples y groseros, se dejaron persuadir de los discursos engañosos de aquellos falsos doctores; muchos, no obstante, se opusieron á estas novedades, y se vió bien presto formarse un cisma en aquella iglesia. Noticioso San Pablo de lo que pasaba, para detener el curso á un tan gran mal, escribió á los gálatas con toda la fuerza y vehemencia que pedia un abuso tan grande. Empieza estableciendo invenciblemente su apostolado, como que fué llamado por ei mismo Jesucristo. Cuenta su milagrosa con-

version, y prueba la autenticidad de su mision. Viene despues al origen del mal, y á lo que habia dado lugar á las contestaciones y al cisma que habia entre ellos. Demuestra con un razonamiento que no tiene réplica, y con diversos pasages de la Escritura, que ni la circuncision, ni la ley de Moises sirven ya de nada; que las bendiciones prometidas á Abraham son para los fieles que creen en Jesucristo; que hablando en rigor, solo este divino Salvador y sus discípulos son los verdaderos hijos de Abraham y los herederos de las bendiciones y de las promesas: que en la Escritura se deben distinguir el sentido histórico y carnal, y el alegórico y espiritual que es el que el Espíritu Santo se propuso principalmente: que los judíos carnales, esto es, segun la carne, son figurados por Agar é Ismael, y los cristianos por Sara é Isaac. Que por la fé hemos entrado nosotros en la dichosa libertad de hijos de Dios, y somos los herederos de las bendiciones y de las promesas. Que los hebreos bajo la ley no fueron sino esclavos. Que segun la Escritura la esclava debe ser arrojada con su hijo. Porque el hijo de la esclava no será heredero con el hijo de la libre. Nosotros, añade el apóstol, no somos hijos de la esclava, para estar sujetos á las ordenanzas serviles de la antigua ley; somos hijos de la libre, esto es, de la ley de gracia: esta dichosa libertad nos la ha dado Jesucristo, y vuestros falsos doctores la querian destruir si pudiesen, ó á lo menos hacérsela inútil. Sus depravados designios y persecuciones estuvieron figurados en la Escritura, y vosotros los veis cumplidos por vuestra desgracia en lo que os está sucediendo; porque así como entonces el que habia nacido segun la carne, es á saber, Ismael, perseguia al que habia nacido segun el espíritu, es decir, á Isaac, lo mismo sucede ahora. Sabed, pues, continúa el apóstol, que la ley no fué dada á vuestros padres, sino para detener sus transgresiones, y así, todos los que vivian bajo la ley, estaban sujetos á la maldición fulminada tantas veces contra los que no observan las ceremonias legales. De esta maldición nos libró Jesucristo, les dice el apóstol, nos eximió y libertó de la maldición de la ley, habiéndose hecho por nues-

tro amor un objeto de maldicion, segun lo que está escrito: "Maldito el hombre que está clavado en una Cruz." Finalmente, les hace acordar que por la fé y no por la ley, han recibido los dones sobrenaturales, lo que respecto de ellos era una prueba evidente de que la ley de ningun modo era necesaria para recibir la gracia de la justificacion: habla de la ley de Moises, á la cual se ha substituido la ley de Jesucristo, que es el dia de hoy la única que debemos seguir. Veis aquí lo que desenvuelve y descubre el verdadero sentido de toda la epístola.

El evangelio de la misa, como digimos al principio, contiene la milagrosa curacion de los diez leprosos, cuya historia es como sigue.

El Salvador, que hacia bien por donde quiera que pasaba, y que obraba en todas partes muchos milagros, yendo á Jerusalem para hallarse en la fiesta de la dedicacion, pasó por medio de Samaria y Galilea, y al entrar en una aldea vió venir á sí á diez leprosos, los que parándose á lo lejos, por prohibirles la ley tener comunicacion con las demas gentes, luego que lo vieron empezaron á gritar: Jesus, Maestro nuestro, tened misericordia de nosotros. Luego que el Salvador los vió, les dijo: Id, mostraos á los sacerdotes. La ley constituia á los sacerdotes jueces de esta casta de enfermedad: á ellos les tocaba el declarar, si los que se les presentaban estaban inficionados de ella, ó si estaban bien curados. Aquellos que se conocian por los sacerdotes haber curado perfectamente, ofrecian luego dos pajarillos, y ocho dias despues dos corderos y una oveja, y si eran pobres, un cordero y dos tórtolas. Enviando Jesucristo á aquellos leprosos á los sacerdotes, les daba á entender bastantemente que curarian en el camino, pues no debian ir á presentarse á los sacerdotes sino á fin que estos declarasen haber curado.

Fácilmente comprendieron los leprosos lo que el Salvador les decia; y así, sin pararse á deliberar, tomaron el camino de Jerusalem, como si ya estuviesen enteramente limpios de su lepra. Una fé tan firme fué recompensada bien presto, pues

apenas se pusieron en camino, cuando todos se hallaron perfectamente sanos. El gozo que les causó su curacion, les hizo olvidarse de aquel á quien la debian, pues de diez que eran, solo uno volvió á dar las gracias á su insigne bienhechor, y aun este era samaritano, y por consiguiente reputado por gentil y extranjero: los otros nueve que eran judíos, no se acordaron mas de volver á mostrar su agradecimiento á quien les habia hecho un tan gran beneficio. Volvió pues, el samaritano, no cesando de alabar en alta voz la bondad del Salvador, y de engrandecer su omnipotencia. Luego que llegó á donde estaba Jesus, se prostró á sus piés con el rostro en tierra, y le dió mil gracias por su curacion.

Jesus lo recibió con su acostumbrada mansedumbre; pero le hizo advertir que notaba la vuelta de él y la ingratitud de los otros que no le estaban menos obligados que él. Díjole en alta voz: Dime, ¿no fueron diez los que sanaron? ¿pues donde están los otros nueve? ¿Solo este extranjero ha de ser agradecido, y dar la gloria y las gracias á Dios por el beneficio recibido? ¿No debian hacer los otros nueve lo mismo? La sorpresa que manifesta aquí el Salvador no es efecto de una verdadera admiracion, ni de una especie de ignorancia: nada podia darle golpe ni pasmar á Jesus, quien conocia todo lo que habia de suceder antes que sucediese; solo quiso abrimos los ojos para que conociésemos lo ingratos que somos para con Dios. Dichoso aquel, dice San Agustin, que á imitacion de este samaritano, se mira como extranjero en la tierra, y tiene para con Dios el mas grande agradecimiento por sus beneficios.

Intentaba tambien el Salvador con estas palabras, significar cuán diferente seria respecto de sí la conducta de los gentiles, de la que observaria el pueblo judaico, el cual habia de pagar con la mas negra ingratitud los insignes favores de que era colmado. *Levántate, anda, que tu fé te ha salvado.* Es cierto que los otros habian tenido fé, pues habian obedecido sin replicar, y habian sido curados; pero el agradecimiento de este le alcanzó otros nuevos favores, y es verosímil que el Salva-

dor promete aquí á este samaritano alguna cosa particular. Figura instructiva de lo que sucede todos los dias en el cristianismo. Curaciones milagrosas hechas en muchos pecadores convertidos, beneficios singulares, particulares favores que muchas personas reciben de la misericordia del Señor; pero son pocas las que sean verdaderamente agradecidas; y por esta ingratitud se hacen indignos de nuevos favores.

La epístola es del capítulo III de la de San Pablo á los Gálatas.

Hermandades: Las promesas se hicieron á Abraham y al descendiente de él. No dice: *y á los descendientes*, como si fuesen muchos, sino como uno precisamente: *y al descendiente de tí*, el cual es Cristo. Lo que quiero pues, decir, es, que habiendo hecho Dios una alianza con Abraham en debida forma, la ley dada cuatrocientos treinta años despues, no ha podido anularla, ni invalidar la promesa. Porque si la herencia se nos da por la ley, ya no es por la promesa. Y Dios hizo por medio de la promesa la donacion á Abraham. ¿Pues de qué ha servido la ley? Púsose por las transgresiones (hasta que viniese el descendiente á quien se hizo la promesa): siendo dada por ministerio de los ángeles, por medio del medianero. No hay empero mediador de uno solo; y Dios es uno. ¿Luego la ley es contra las promesas de Dios? No por cierto: porque si se hubiese dado una ley que pudiese vivificar, la justicia proveniria realmente de la ley. Mas la ley escrita dejó sujetos á todos al pecado, para que la promesa se cumpliese á los creyentes por la fe en Jesucristo.

El evangelio es del capítulo XVII de San Lucas.

En aquel tiempo: Caminando Jesus hácia Jerusalem, atravesaba las provincias de Samaria y de Galilea, y estando para entrar en una poblacion, le salieron al camino diez leprosos, los cuales se pararon á lo lejos y levantaron la voz, diciendo: Jesus, Maestro, ten lástima de nosotros. Luego que Jesus los

vió, les dijo: Id, mostraos á los sacerdotes. Y cuando iban quedaron curados. Uno de ellos apenas echó de ver que estaba limpio, volvió atras, glorificando á Dios á grandes voces. Y postróse á los piés de Jesus, pecho por tierra, dándole gracias; y este era un samaritano. Jesus dijo entonces: ¿Pues qué no son diez los curados? ¿Y los nueve, dónde están? ¿No ha habido quien volviese á dar á Dios la gloria, sino este extranjero? Despues le dijo: Levántate, vete, que tu fé te ha salvado.

MEDITACION.

Sobre la obediencia y la gratitud que debemos á Dios.

Considera que para lograr la curacion de nuestros males, es indispensable la obediencia. Sin ella no se recobra la salud del alma ni la del cuerpo. Para restaurar la de este es necesario obedecer al médico: para recuperar la de aquella es aun más necesario obedecer á Dios, pues muchas veces el cuerpo se cura solo por un esfuerzo de la naturaleza; mas el alma jamas se cura sin poner por obra los medios ordenados por Dios para la justificacion. Por eso es la obediencia tan necesaria al hombre que nunca puede encontrar su remedio por otra via. Bien nos lo muestra el Salvador en el Evangelio de hoy: su omnipotencia dispone la milagrosa cura de los leprosos; pero antes de ello les exige la obediencia al mandamiento que les impone de ir á presentarse á los sacerdotes.

Considera que no es menos indispensable la accion de gracias al beneficio recibido, pues es nuestro Dios y Señor soberano el que nos los hace, y en ellos nos da dones inapreciables que sin él jamas podemos merecer. El principio todo de nuestros merecimientos está en Jesucristo, que es la causa meritoria de todo bien para nosotros. ¿Cómo, pues, podremos dispensarnos de reconocerlo así? ¿Cómo podremos omitir unas gracias que le son tan debidas? ¿Ni cómo tampoco podremos esperar nuevos favores, si somos ingratos á los recibidos. La

ingratitude es un vicio que seca el manantial de las divinas misericordias, y lo seca con mucha razon; pues el que se dispensa de dar gracias, manifiesta que no las estima como tales, ó que cree debérsele de justicia, y ni uno ni otro puede Dios tolerar sin detrimento de su gloria y de su honor divino. Entiendan los hombres que son hombres, exclamó el profeta, esto es, conózcanse criaturas y adoren á su Hacedor Supremo, reconociéndose deudores á su bondad divina de cuanto ellos son y de cuanto reciben de su Dios.

PETICION Y PROPOSITOS.

Nada mas justo, Dios mio, que alabar y bendecir tu mano liberal que gratuitamente nos prodiga bienes de toda especie. Abres tu mano, te diré con David, y llenas de bendicion todo lo que tiene alma. Así como tu dominio es soberano, y únicamente tuyo, así todo don perfecto y toda dádiva excelente descende de tí, oh Padre de las luces. Yo lo reconozco así, y te rindo humildes gracias por esta tu bondad, esperando de ella que coronas las gracias que me has hecho, con el don inapreciable de la perseverancia final.

JACULATORIA.

¿Qué retornaré al Señor por todas las cosas que me ha dado?

LECCION.

Sobre el evangelio de este dia.

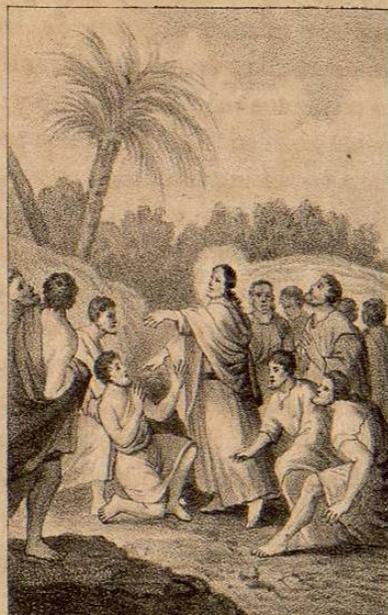
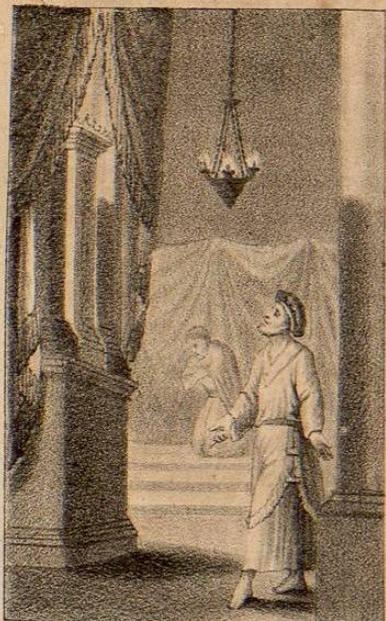
Aconteció, nos dice el evangelista san Lucas, que yendo Jesus á Jerusalem, pasaba por medio de Samaria y de Galilea, y entrando en una aldea, salieron á él diez hombres leprosos que se pararon de lejos. Siendo la lepra entre los judíos una enfermedad contagiosa, y exigiéndose una purificacion especial á los que tocaban á cualquiera que la padecia, los leprosos no se

atrebian á acercarse á las habitaciones, y permanecian fuera de las ciudades, privados de la comunicacion de los demas; por eso, para que los oyera el Salvador, alzaron la voz diciendo: Jesus, Maestro, ten misericordia de nosotros. Y viéndolos Jesus dijo: Id, mostraos á los sacerdotes. Este precepto del Señor dado en esta vez, lo dió igualmente en otras dos, en que curó tambien á otros leprosos, mandándolos á los sacerdotes de la antigua ley, ya para que se manifestase la verdadera salud que habian recibido, y se viesen obligados á glorificar á Dios y á conocer en aquel que obraba estos milagros al verdadero Mesias; y ya para que percibiesen los mismos leprosos el fruto y las ventajas todas de su curacion, siendo restituidos á la comunicacion social de todos los demas.

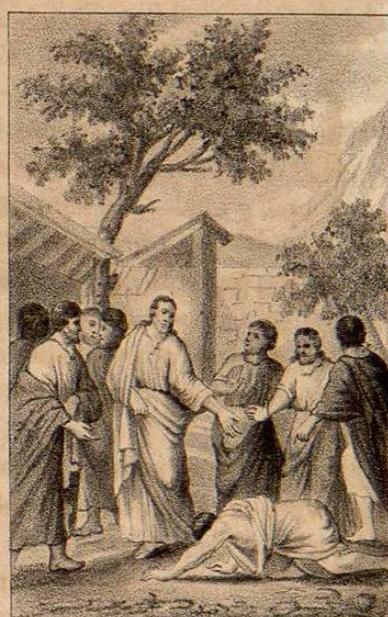
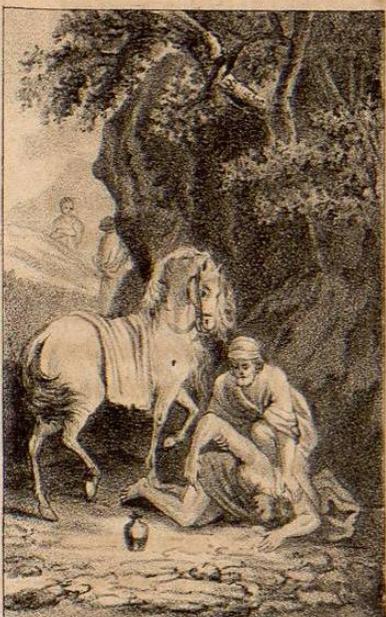
Algunos expositores sagrados encuentran en este pasage del Evangelio una figura exacta de lo que debia suceder en la ley de gracia. La lepra del cuerpo curada por el divino Maestro en la antigua ley, es una viva semejanza del pecado de que cura al alma la divina misericordia por el ministerio de los sacerdotes, mediante el sacramento de la penitencia. Así como en aquella enfermedad de los hebreos hay dos clases de lepra, así en el alma hay otras dos; una que ataca al entendimiento y otra á la voluntad, aquella proviene de la soberbia del espíritu, y esta de la exaltacion del amor propio; pero así como la lepra de los judíos era un mal asqueroso que causaba horror y corrompia la carne: la lepra espiritual desfigura al alma, la hace insensible á su mal, hasta llegarse á hacer casi incurable. La del entendimiento hace al hombre incrédulo, rebelde, obstinado, desobediente y tan orgulloso y adherido á su propia opinion, que la prefiere á la autoridad y á la razon: lo hace ciego á todos los precipicios, y sordo á los mas sanos consejos. La lepra de la voluntad produce en el hombre la impureza, la avaricia, la ambicion, la poca moderacion en la próspera fortuna, y la impaciencia en las desgracias inherentes á la vida humana. Por esta descripcion conoceremos si desgraciadamente nos hallamos atacados de este asqueroso mal, y contagiados de tan funesta lepra, y si lo estamos, ó nos hallamos con los síntomas

que predispone á ella, imitemos desde luego á los leprosos del evangelio: no nos desanime el hallarnos muy lejos por la enormidad de nuestros pecados: levantemos la voz y clamemos con un verdadero dolor, una fé viva y una firme confianza, diciendo como ellos: "Jesus, Maestro, ten misericordia de nosotros." Pero ya hemos oido la resolucion de este divino médico de las almas: Id, mostraos á los sacerdotes. En aquel tribunal encontraremos la absolucion de nuestras culpas, la medicina de nuestra lepra y la salud de nuestra alma.

Mas si por la misericordia Divina nos hallamos ya sanos de esta peligrosa enfermedad, nos resta entonces aprovecharnos de la segunda parte del Evangelio: *Uno de los leprosos, cuando vió que habia quedado limpio, volvió glorificando á Dios á grandes voces, y se postró en tierra á los piés de Jesus, dándole gracias, y este era samaritano.* Y respondió Jesus y dijo: *¿Por ventura no son diez los que fueron limpios? ¿Y los nueve dónde están? No hubo quien volviese y diese gloria á Dios sino este extrangero.* Muchos son en efecto los que piden á Dios gracias y favores, especialmente en tiempo de adversidad, ó cuando se miran amagados de algun contratiempo; muchos los que claman en la época de su conversion: "Jesus, Maestro, tened misericordia de nosotros." Pero cuán pocos los que vuelven á darle las debidas gracias por los beneficios recibidos. ¡Cuántas almas tibias, pasando el fogoso fervor de los primeros momentos de la conversion, creen hacer lo bastante con no incurrir de nuevo en los errores mas groseros de la vida anterior, y como si hubiesen hecho mucho, olvidan completamente aquel favor, y no se emplean como debian en glorificar incesantemente al autor de su justificacion, al médico que los ha sanado de la lepra horrorosa del pecado! ¡Cuán comun es la ingratitud, pero al mismo tiempo cuán perjudicial! Ella seca, por decirlo así, ó disminuye por lo menos el inagotable manantial de las divinas misericordias. Dios exige de las almas que reconozcan su inmensa liberalidad. Es infinitamente rico, de nada necesita, y de sus criaturas solo puede recibir una cosa que es la gloria accidental que podemos tributarle, dándole gracias por sus be-



Domingo 10 despues de Pentecostés. Domingo 11 despues de Pentecostés.



Domingo 12 despues de Pentecostés. Domingo 13 despues de Pentecostés.

neficios. ¿Y en vez de glorificar á Dios, nos atribuiremos á nosotros mismos el honor de esos bienes que hemos recibido de su beneficencia paternal? ¿Seremos tan ingratos que no contentos con sus gracias y con los favores que pródigamente nos concede, queramos tambien arrebatarle su gloria? Para no ser ingratos, digamos como el salmista. “¿Qué retornaré al Señor para todas las cosas que me ha dado? Tomaré el caliz de la salud, é invocaré el nombre del Señor.” Y pidamos por últimó á Jesus se digne echar sobre nosotros una mirada sola de compasion, como la que dirigió á los leprosos, bien persuadidos de que la vista sola de Jesus es el principio de todo bien; pues San Pedro conoció su pecado al momento que le miró el Salvador, y Natanael confesó que Jesus era hijo de Dios, luego que lo vió el Redentor del mundo.



DOMINGO DECIMOCUARTO

DESPUES DE PENTECOSTES.

Este domingo se llama comunmente en la iglesia latina el domingo de los dos amos, á quienes se quiere servir á un mismo tiempo, y tambien se llama el domingo de la Providencia, por razon del Evangelio que se lee en la misa de este dia, el cual se leia ya en tiempo de San Gregorio. La Epístola no contiene menor instruccion, y el introito es muy correspondiente á la epístola y al evangelio: es una breve oracion á Dios, nuestro Omnipotente protector, en atencion á los méritos de Jesucristo.

“Dios protector nuestro, poned los ojos sobre el que habeis ungido por rey de vuestro pueblo; y hacedlo venir á vuestra habitacion. Un solo dia de los que pasaré en este santo lugar, me será infinitamente mas dulce, que mil pasados en cualquiera otra parte.”